

LIBRO CUARTO.

Marengo.

El primer consul espera con impaciencia noticias de Alemania.—Recibidas estas noticias que anuncian victorias se decide á partir para Italia.—Apurada situacion de la guarnicion de Génova.—Constancia de Massena.—El primer consul se apresura á llegar en su auxilio, ejecutando el proyecto de atravesar los grandes Alpes.—Partida del primer consul, su fingida aparicion en Dijon, y su llegada á Martigny en el Vallés.—Elige el monte de San Bernardo para atravesar la gran cordillera.—Medios proyectados para transportar la artilleria, las municiones, los viveres y todo el material.—Principio del paso.—Dificultades inauditas superadas por el arrojo de las tropas.—Obstáculo imprevisto del fuerte de Bard.—Sorpresa y dolor del ejército á vista de aquel fuerte que habia tenido por inespugnable.—La infanteria y caballeria dan un rodeo para salvar el obstáculo.—Arrastrada la artilleria á brazo pasa bajo los fuegos del fuerte.—Toma de Ivrea; el ejército se despliega en las llanuras del Piemonte antes que los austriacos se apereiban de su existencia y marcha á paso simultáneo del monte San Gotardo por el destacamento formado con las tropas de Alemania.—Plan del general Bonaparte despues de haber bajado á Lombardia.—Decidese á marchar á Milan para reunir las tropas procedentes de Alemania, y envolver en seguida á Mr. Melas.—Ilusiones de Mr. de Melas destruidas de repente.—Dolor de este anciano general.—Sus órdenes al principio inciertas y despues positivas de evacuar las orillas del Bard y las cercanias de Génova.—Apurada situacion de Massena.—La imposibilidad absoluta de sustentar á los soldados y al pueblo de Génova le obliga á rendirse.—Capitulacion honrosa.—Tomada Génova, los austriacos se reconcentran en el Piemonte.—Importancia del camino de Alejandria á Plasencia.—Ambos ejércitos se dan prisa por ocupar á Plasencia.—Los franceses son los primeros que llegan á esta

ciudad.—Posicion de la Stradella, escogida por el primer consul para envolver á Mr. de Melas.—Aguarda en esta posicion algunos dias.—Creyendo el primer consul que los austriacos se han puesto en cobro, corre en su busca y los encuentra de improviso en las llanuras de Marengo.—Batalla de Marengo, perdida primero y ganada despues.—Feliz inspiracion de Desaix, y su muerte.—Sentimiento del primer consul.—Desesperacion de los austriacos, y convenio de Alejandria, por medio del cual entregan al ejército francés la Italia con todas sus plazas.—El primer consul emplea algunos dias en Milan en arreglar los asuntos de Italia.—Cónclave en Venecia y promocion de Pio VII al pontificado.—Vuelta del primer consul á Paris.—Entusiasmo que escita su presencia.—Siguen las operaciones cerca del Danubio.—Paso de este rio mas abajo de Ulma.—Victoria de Hochstedt.—Moreau conquista toda la Baviera hasta el Inn.—Armisticio en Alemania y en Italia.—Principio de las negociaciones de paz.—Llega á Paris Mr. de Saint-Julien, enviado por el emperador de Alemania.—Fiesta del 14 de julio en el cuartel de los Inválidos.

El primer consul no esperaba mas que los triunfos del ejército del Rhin para bajar á las llanuras de Italia, porque antes de estos triunfos no podia pedir á Moreau un destacamento de sus tropas, ni Mr. de Kray se habia separado lo bastante de Mr. de Melas, para que se pudiera emprender todo á retaguardia de este. Los aguardaba, pues, el primer consul con viva impaciencia, resuelto á abandonar á Paris y tomar el mando del ejército de reserva tan luego como recibiera noticias ciertas y favorables de las operaciones de Moreau. En efecto urgia el tiempo, puesto que Massena estaba reducido al último apuro en Génova, donde lo dejamos luchando contra todas las fuerzas de los austriacos con un ejército estenuado de fatiga, y causando diariamente al enemigo, á pesar de su inferioridad extraordinaria, pérdidas considerables. Habiendo hecho uso el general Ott en el dia 10 de mayo de una baladronada ino-

portuna, anunciando á Massena que hacia salvas de artilleria para celebrar la victoria obtenida sobre el general Suchet, noticia absolutamente falsa, el ilustre defensor de Génova preparó una brillante respuesta á esta bravata. Salió de aquella ciudad dividiendo sus fuerzas en dos columnas: la de la izquierda mandada por el general Soult, subió al Bisagno, y dió la vuelta al monte Ratti; y la otra mandada por Miollis atacó al monte Ratti de frente. Acometidos vigorosamente los austriacos fueron precipitados en los barrancos, perdiendo aquella posición importante y mil quinientos prisioneros. Massena, pues, entró triunfante aquella noche en la ciudad de Génova, y á la mañana siguiente escribió al general Ott que hacia salvas de artilleria por la victoria que habia alcanzado la víspera. ¡Venganza heróica y digna de aquel corazon grande!

Pero aquel era el término de sus triunfos, porque sus soldados rendidos de cansancio apenas podian ya sostener el peso de sus armas. El 13 de mayo (23 de floreal), aquel hombre tan enérgico, cediendo al dictámen de sus generales, consintió casi mal de su grado, en una operacion cuyo resultado fué de los mas desastrosos. Esta operacion tenia por objeto apoderarse del Monte-Creto, posición importante y que habria sido muy conveniente quitar á los austriacos, porque habrian sido entonces rechazados muy lejos de Génova; pero por desgracia habia pocas probabilidades de conseguirlo. Massena que de seguro no desconfiaba de su ejército, pues cada dia le exigia y lograba de él los mayores esfuerzos, no le suponía ya capaz de ganar una posición que el enemigo

defenderia con todas sus fuerzas; y por lo tanto preferia emprender una espedicion hácia Porto-Fino por la costapara apoderarse de un gran convoy de viveres que le constaba habia de venir por aquel punto. Cedió no obstante, contra su costumbre, al parecer de sus lugar-tenientes, y en la mañana del 13 marchó sobre el Monte-Creto. El combate fué al principio muy brillante; pero por desgracia una tempestad horrible que duró por espacio de algunas horas, quebrantó la fuerza de nuestras tropas. El enemigo habia concentrado sobre aquel punto numerosos cuerpos, y rechazó hácia los valles á nuestros soldados moribundos de hambre y de fatiga. Considerando el general Soult como un gran honor el buen éxito de una espedicion que él habia aconsejado, reunió en torno suyo la tercera media brigada, la condujo valerosamente á presencia del enemigo y tal vez habria vencido si un tiro no le hubiese fracturado una pierna, dejándole tendido en el campo de batalla. Sus soldados quisieron llevárselo, pero les faltó tiempo, y aquel general que tan dignamente habia secundado á Massena durante todo el sitio quedó en poder del enemigo.

Volvióse el ejército á Génova sumamente contristado, aunque trayendo consigo algunos prisioneros. Mientras luchaba en el campo habia estallado en lo interior de la ciudad un motin de mugeres. Acosadas estas infelices por el hambre recorrian las calles con campanillas pidiendo pan. Fueron dispersadas, y desde entonces el general francés tuvo que ocuparse casi esclusivamente del cuidado de alimentar la población de Génova, que por otra parte le mostraba la mas noble adhe-

sion. Como ya hemos visto, se habia proporcionado sucesivamente granos, primero para quince dias, y despues para otros quince. En fin, un barco que habia llegado á Génova de improviso, trajo granos para cinco dias, y de este modo tuvo medios de subsistencia para mas de un mes. Bloqueado desde el 3 de abril, estos recursos le habian durado hasta el 10 de mayo; pero viendo disminuirse sus provisiones, redujo la racion que se daba diariamente al pueblo y al ejército, y se suplió á ella por medio de una sopa compuesta de verdura y un poco de carne que quedaba todavia en la ciudad. Los habitantes ricos encontraban aun con que alimentarse, comprando á peso de oro algunos víveres ocultos que las investigaciones de la policia no habian podido descubrir para destinarlos al comun sustento. De esta suerte Massena no tenia que inquietarse mas que por los pobres en quienes mas particularmente cebaba la miseria. Para aliviar, pues, su suerte impuso una contribucion á la clase opulenta, logrando por este medio atraerlos al partido de los franceses. Por lo demás temiendo la mayoría de la poblacion á los austriacos y al régimen político de que eran defensores, estaba decidida á ayudar con su resignacion á Massena, á quien prestaba obediencia y admiracion, como tributo debido á la energia de su carácter. Valiéndose, sin embargo, el partido oligárquico de algunos infelices hambrientos, le suscitaba todos los obstáculos imaginables. Para contenerlos Massena dispuso que parte de sus batallones vivaquease con la mecha de sus cañones encendida en las principales plazas de la ciudad. Pero ya

escaseaban el poco pan que quedaba, y el cual estaba amasado con avena, habas y todos los granos que pudieron ser habidos, y tambien iba á faltar la carne. Para el 20 de mayo no quedarian mas que materias casi imposibles de ser empleadas como alimentos. Era, pues, urgente levantar el bloqueo de la plaza antes del 20 de mayo si no se queria que Massena cayese prisionero con todo su ejército, y que el baron de Mellas, pudiendo desde entonces disponer de treinta mil hombres mas, volviera al Piamonte para cerrar los desfiladeros de los Alpes.

Encargado el ayudante de campo Franseschi, de llevar noticias al gobierno, y habiendo conseguido á fuerza de audacia y destreza pasar por entre los austriacos é ingleses, habia dado á conocer al primer consul el estado deplorable de la plaza de Génova; así es que éste nada descuidó para poner el ejército de reserva en estado de pasar los Alpes, por cuyo motivo envió á Carnot á Alemania con orden espresa de los cónsules para que se pusiese en marcha el destacamento destinado á pasar el monte de San Gotardo. El mismo, trabajando dia y noche en correspondencia con Berthier que organizaba las divisiones de infanteria y caballeria, con Gassendi y Marmont que organizaban la artilleria, y con Marescot que practicaba reconocimientos en toda la línea de los Alpes, aguijaba á todos con aquel ardor impetuoso que le sirvió para llevar á los franceses desde las márgenes del Pó hasta las del Jordan, y desde las del Jordan al Danubio y del Boristenes. No queriendo abandonar el gobierno político de la Francia ni dejar libre el puesto

los intrigantes y conspiradores, sino por el menor plazo posible, habia resuelto no salir personalmente de París sino hasta el último instante. Entretanto las divisiones que habian salido de la Vendée, de la Bretaña, de París y de las orillas del Ródano, atravesaban la vasta estension del territorio de la República, y las cabezas de sus columnas se presentaban ya en Suiza. Continuaban en Dijon los depósitos de los cuerpos, y además algunos conscriptos y voluntarios, enviados á aquella ciudad para acreditar en Europa la opinion de que el ejército de Dijon era una pura fábula, destinada únicamente á intimidar á Mr. de Melas. Hasta entonces todo salia á medida del deseo, y era completísima la ilusion de los austriacos, pues reparaban muy poco en los movimientos de las tropas que se dirigian á Suiza, merced á la dispersion de los cuerpos, y se imaginaban que serian refuerzos enviados al ejército de Alemania.

En fin, cuando todo estaba ya dispuesto, dictó el primer consul sus últimas disposiciones. Habiendo recibido un mensaje del Senado, del Tribunado y del Cuerpo legislativo, en que le manifestaban los votos que la nacion hacia para que volviese en breve *vencedor y pacificador*, contestó con una solemnidad calculada, debiendo contribuir su respuesta con los artículos del *Monitor* á probar que su viage anunciado con tanto aparato, era una ficcion como el ejército de reserva y nada mas. Nombró al consul Cambaceres para que presidiese por él el Consejo de estado, que entonces constituia en cierto modo todo el gobierno, y confió al consul Lebrun el cuidado de la

administracion de la hacienda, diciendo á cada uno de ellos.—Mantenéos firmes; si sobreviniese algun acontecimiento, no os turbeis: yo volveré con la velocidad del rayo á destruir á los atrevidos que pongan la mano en el gobierno.—Encargó muy particularmente á sus hermanos que le eran adictos por su interés personal, que le tuviesen al corriente de todos los sucesos, y le avisasen con la debida oportunidad para regresar á París cuando considerasen necesaria su presencia. Mientras publicaba su partida con ostentacion, los cónsules y los ministros debian por el contrario decir en confianza á los propagadores de noticias que el primer consul dejaba á París por pocos dias, y únicamente para ir á pasar revista á las tropas próximas á entrar en campaña.

Por lo demás marchaba lleno de esperanza y satisfaccion. Su ejército contenia muchos conscriptos; pero tambien contenia gran número de soldados aguerridos, acostumbrados á vencer y mandados por oficiales formados en su escuela; tenia en fin una confianza absoluta en su bien meditado plan. Segun las noticias mas recientes, obstinábase Mr. de Melas en engolfarse en la Liguria, desnando la mitad de sus fuerzas contra Génova y la otra mitad contra el Var. No dudando ya el primer consul del buen éxito de su empresa, segun fundadamente podia esperarse de aquellas noticias, veia en su ardiente imaginacion el punto mismo donde encontraria y aniquilaria al ejército austriaco. Un dia, antes de partir tendido boca abajo sobre sus mapas y haciendo en ellos señales de diferentes colores, para figurar la posicion de los cuerpos franceses y austriacos,

decía delante de su secretario que le escuchaba con sorpresa y curiosidad: «Ese pobre Mr. de Me-las pasará por Turin, se replegará hácia Alejandria... yo pasaré el Pó, le alcanzaré cerca del camino de Plasencia, en las mismas llanuras de la Scrivia y le batiré aquí... aquí...» y al decir estas palabras, ponía una de sus señales en San Guiliano. Muy en breve podrá apreciarse cuan extraordinaria era aquella especie de vision de lo futuro.

Antes del amanecer del día 6 de mayo salió de París llevando en su compañía á su ayudante de campo Duroc y á su secretario Mr. de Bourrienne. Luego que llegó á Dijon, pasó revista á los depósitos y á los conscriptos que se habian allí reunido aunque sin material y sin ninguno de los acesorios indispensables para un ejército próximo á entrar en campaña. Despues de esta revista que debió de persuadir mucho mas á los espías de que el ejército de Dijon no era mas que una pura invencion, se dirigió á Ginebra, y desde Ginebra á Lausana, donde todo era formal, donde todo lo que se hacia debia principiar á desengañar á los incrédulos, aunque demasiado tarde para que pudiesen comunicar á Viena avisos que aun fueran provechosos.

El 13 de mayo pasó revista el general Bonaparte á muchas de sus tropas, y empezó á conferenciar con los oficiales que habian sido llamados para que le diesen cuenta de lo que habian hecho, y recibir sus últimas órdenes. El general Marescot, encargado del reconocimiento de los Alpes, era el que mostraba mayor impaciencia por oír. Comparados todos los pasos, el monte de

San Bernardo era el punto que mas cuadraba á este oficial de ingenieros, si bien consideraba la operacion dificilísima.—Será difícil, contestó el primer consul, pero no es imposible.—Así lo creo yo tambien, replicó el general Marescot, pero será menester hacer esfuerzos extraordinarios.—Pues bien, marchemos, fue la única respuesta del primer consul.

Ocasion es de dar á conocer los motivos que le decidieron á elegir el paso de San Bernardo. El de San Gotardo estaba reservado á las tropas que venian de Alemania mandadas por el general Moncey. Este monte estaba situado en su camino, y á lo sumo podia proporcionar sustento á mil quinientos hombres, porque los valles de la alta Suiza estaban enteramente asolados por la presencia de los ejércitos beligerantes. Quedaban los pasos del Simplon, del gran San Bernardo y del monte Cenís, los cuales no se hallaban entonces atravesados por muchos caminos como en el día. Era menester desmontar los carros al pie de las gargantas y transportarlos en trineos al otro lado de los montes. Todos estos tres pasos ofrecian poco mas ó menos las mismas dificultades. Sin embargo el monte Cenís, frecuentado mas á menudo, estaba mas trillado que lo demás, y acaso presentaba por esto mismo menos obstáculos materiales; pero desembocaba cerca de Turin, es decir, en medio de los austriacos, demasiado cerca de ellos y no se prestaba lo suficiente al proyecto de envolverlos. Por el contrario el Simplon, que era el mas distante de los tres, con respecto al punto de partida, ofrecia inconvenientes opuestos. Cierta que desembocaba en las inmediaciones de Milan

en un hermoso pais, bastante lejos de los austriacos y enteramente á su retaguardia; pero presentaba una gran dificultad, cual era la de las distancias. Era preciso en efecto para llegar allí subir con el material del ejército toda la estension del Vallés, lo que hubiera exigido medios de transporte que no teniamos á nuestra disposicion. En medio de los valles áridos y cubiertos de nieve que era preciso atravesar, se veian los traseuntes en la necesidad de llevarlo todo consigo, y no era por cierto cosa indiferente tener que andar veinte leguas mas. Por el contrario en el caso de pasar el monte de San Bernardo, no habia que andar mas que desde Villanueva á Martigny, es decir, desde el confin del lago de Ginebra, punto donde cesaba el medio de la navegacion, hasta el pie de las gargantas de los montes. Habia, pues, que atravesar cortísima distancia. Desembocaba luego el monte de San Bernardo en el valle de Aosta, junto á Ivrea, entre los dos caminos de Turin y Milan y en muy buena direccion para envolver á los austriacos. Este paso aunque era mas difícil y tal vez mas peligroso, merecia la preferencia á causa de la brevedad de la travesia.

Decidióse, pues, el primer consul á conducir la masa principal de sus fuerzas por el mismo monte de San Bernardo. Llevaba consigo lo mas florido del ejército de reserva, cerca de cuarenta mil hombres, treinta y cinco mil de infanteria y artilleria y cinco mil de caballeria; pero que queriendo dividir la atencion de los austriacos, dispuso que bajasen por otros puntos algunos destacamentos que no habian podido unirse al grueso

del ejército. No lejos del gran San Bernardo se halla el pequeño San Bernardo, el cual desde las alturas de la Saboya desemboca tambien en el valle de Aosta. El primer consul dirigió hácia aquel paso al general Chabran con la 70.^a media brigada, y algunos batallones de Oriente llenos de concriptos. Era esta una division de cinco á seis mil hombres que debia reunirse con la columna principal cerca de Ivrea. En fin, el general Thurreau, que con cuatro mil hombres de tropas de Liguria defendia el monte Cenís, tenia orden de presentarse en aquel paso y hacer lo posible por penetrar hasta Turin. De este modo el ejército francés debia bajar de los Alpes por cuatro puntos á la vez, el San Gotardo, el grande y pequeño San Bernardo y el monte Cenís. Operando en el centro de este semicírculo la masa principal, cuya fuerza ascendia á cuarenta mil hombres, tenia la certidumbre de incorporarse á los quince mil que venian de Alemania así como á las tropas del general Chabran y aun tal vez á las del general Thurreau, con las cuales debia formarse una fuerza total de sesenta y cinco mil soldados poco mas ó menos, introduciendo de este modo el desórden, la turbacion y el desaliento en las filas del enemigo, que á presencia de todos aquellos cuerpos no sabia hácia qué punto dirigir su resistencia.

Una vez designados los puntos del paso, era menester ocuparse de la misma operacion, la cual consistia en trasladar á sesenta mil hombres con todo el material al otro lado de los Alpes, sin caminos abiertos, al través de las peñas y de los ventisqueros, y en la época mas temible del año,

por ser la de la licuacion de las nieves. Ya es molesto y embarazoso de suyo llevar consigo un parque de artilleria , porque cada pieza exige muchos carros para su servicio , y sesenta cañones necesitan lo menos trescientos; pero en aquellos altos valles, estériles los unos por reinar allí un eterno invierno, y poco espaciosos los otros para alimentar al escaso número de sus habitantes, no podia encontrarse medio alguno de subsistencia, siendo preciso llevar el pan para los hombres y hasta el forrage para los caballos. La dificultad, pues era inmensa. Desde Ginebra hasta Villanueva todo era facil, gracias al lago Léman y á una navegacion de diez y ocho leguas tan cómoda cuanto rápida; pero desde Villanueva , límite del lago, hasta Ivrea, desfiladero por el cual se entra en la fertil llanura del Piamonte , habia que andar cuarenta y cinco leguas, diez de ellas sobre las peñas y ventisqueros de la gran cordillera. El camino de Villanueva á Martigny y de Martigny á San Pedro era bueno para los carros. Desde allí se empezaba á subir por senderos cubiertos de nieve, cercados de precipicios de dos ó tres pies de anchura, y espuestos, cuando iba sintiéndose el calor del día, al choque violento de enormes aludes que se desprendian de las cumbres de las montañas. Cerca de diez leguas habia que caminar por estos senderos para pasar al otro lado de San Bernardo, y llegar á la aldea de San Remigio en el valle de Aosta, donde se encontraba un camino transitable para carros , el cual conducia por Aosta, Chantillon, Bard é Ivrea á la llanura del Piamonte. De todos aquellos puntos, uno solo podia ofrecer algunas dificultades , y era el de

Bard, donde, segun decian, existia un fuerte del cual habian oido hablar algunos oficiales italianos, pero que al parecer no debia presentar obstáculos importantes. Habia, pues, que atravesar, como acabamos de decir, cuarenta y cinco leguas desde el lago de Ginebra , hasta la llanura del Piamonte, y de estas cuarenta y cinco leguas habia que andar diez por caminos que no eran transitables para carros.

He aqui las disposiciones imaginadas por el primer consul, para el transporte del material y ejecutadas bajo la direccion de los generales Marescot, Marmont y Gassendi. Habianse enviado por el lago de Ginebra á Villanueva, inmensas provisiones de granos y galleta. Sabiendo el general Bonaparte que con dinero se proporcionaria fácilmente el auxilio de los robustos montañeses de los Alpes , habia enviado á los sitios convenientes considerables fondos en numerario. Se habian, pues, reunido en aquel punto , á gran costa, si bien solo en los últimos días , todos los carros, caballerias y labriegos del pais. Por este medio se habia conseguido transportar desde Villanueva á Martigny y desde Martigny hasta San Pedro, al pie de las gargantas de los montes, pan, galleta, forrage, vino y aguardiente. Tambien se habia conducido allí bastante cantidad de reses vivas, y la artilleria con sus cajas de municiones. Una compañía de obreros , establecida al pie de las gargantas, en San Pedro, tenia orden de desmontar las piezas, dividir las cureñas en fragmentos numerados, á fin de poder transportarlas á lomo en dos caballerias. Los mismos cañones, separados de las cureñas, habian de ir colocados

en trineos de ruedas preparados en Auxona. En cuanto á las municiones de artillería é infantería se habian preparado muchos cajones pequeños para transportarlos fácilmente por medio de las bestias de carga del país. Otra compañía de obreros, provista de fraguas de campaña, debia pasar la montaña con la primera division y situarse en la aldea de San Remigio, donde ya comenzaba el camino transitable, para montar de nuevo los trenes de la artillería y volver á colocar las piezas en sus cureñas. Tal era la enorme tarea que era preciso llevar á cabo. Habíase agregado al ejército una compañía de pontoneros desprovista del material á propósito para la construcción de los puentes, pero destinada á emplear el que indudablemente conquistarían en Italia.

Habia pensado además el primer consul valerse del socorro de los religiosos establecidos en el hospicio del gran San Bernardo. Todo el mundo sabe que en aquellas espantosas soledades y encima de las regiones habitadas, viven, hace muchos siglos, piadosos cenobitas, para socorrer á los viajeros sorprendidos por los temporales y á veces sepultados bajo la nieve. Habíales enviado el primer consul á última hora una suma de dinero, á fin de que pudieran reunir gran cantidad de pan, queso y vino. Habíase preparado un hospital en San Pedro al pié del puerto, y otro á espaldas de los montes en San Remigio. Desde cuyos hospitales debian ser trasladados los heridos y enfermos á otros mas vastos establecidos en Martigny y Villanueva.

Terminadas estas disposiciones, comenzaron á presentarse las tropas. El general Bonaparte si-

tuado en Laussana las inspeccionaba detenidamente y les hablaba animándolas con el fuego que le inflamaba, y preparándolas á la inmortal empresa que debia ocupar en la historia un brillante lugar, al lado de la gran expedición de Anibal. Habia tenido cuidado de disponer dos inspecciones, una en Laussana y otra en Villanueva. Allí se pasaba revista á cada infante y á cada soldado de caballería, y por medio de almacenes improvisados en cada uno de aquellos lugares, se les proporcionaba calzado, y vestuarios y armas de que carecian. La precaución era buena, porque á pesar de todos sus esfuerzos, el primer consul veia continuamente llegar veteranos, cuyo uniforme y armas estaban inútiles para el servicio. Quejábase de ello amargamente, y reparaba las omisiones, hijas de la precipitación ó descuido de los empleados, siempre inevitables hasta cierto grado. Habia llevado su prevision hasta el punto de colocar al pié de los montes talleres de guarnicioneros, para reparar los arneses de la artillería. Habia escrito muchas cartas de su puño sobre este asunto, tan trivial en la apariencia, y citamos esta circunstancia para instruccion de los generales y gobiernos á quienes está confiada la vida de los hombres, y que por pereza ó vanidad descuidan frecuentemente semejantes menudencias. Nada en efecto de cuanto puede contribuir al buen éxito de las operaciones y á la seguridad de los soldados es inferior al genio ó categoría de los gefes que mandan.

Para evitar embarazos se habian escalonado las divisiones desde el Jura hasta el pié de San Bernardo. El primer consul estaba en Martigny

en un convento de Bernardos, desde cuyo punto disponia todo, y sostenia una correspondencia activa con París y con los demas ejércitos de la República. Tenia noticias de la Liguria, segun las cuales Mr. de Melas entregado siempre á las mas lisongeras ilusiones, dedicaba todo su celo á tomar á Génova y forzar el puente del Var. Tranquilo sobre este objeto importante, dió por fin la orden del paso, y permaneció aquende del monte de San Bernardo para sostener todo el tiempo que pudiera su correspondencia con el gobierno y para despacharlo todo por sí mismo allende los montes. Berthier por el contrario debia trasladarse al otro lado de San Bernardo, para recibir las divisiones y el material que el primer consul iba á enviarle.

El primero que pasó fue Lannes á la cabeza de la vanguardia en la noche del 14 al 15 de mayo (24 al 25 de floreal.) Mandaba seis regimientos de tropas escogidas, perfectamente armados, y que á las órdenes de aquel gefe fogoso, y á veces insubordinado, iban á acometer alegremente aquella arriesgada empresa. Pusieronse en camino entre las doce de la noche y dos de la madrugada, con objeto de anticiparse al momento en que derritiendo el calor del sol las nieves, precipitaba montañas de hielo sobre la cabeza de los viajeros temerarios que se empeñaban en aquellas peligrosas gargantas. Necesitábanse ocho horas para llegar á la cumbre del desfiladero, al mismo hospicio de San Bernardo, y dos horas solamente para bajar á San Remigio. Habia pues tiempo suficiente para pasar antes del momento del mayor peligro. Los soldados vencieron con ar-

dor las dificultades de aquella marcha. Iban muy cargados, pues se les habia obligado á tomar galleta para muchos dias, y con la galleta gran cantidad de cartuchos. Trepaban por aquellos escarpados senderos, cantando en medio de los precipicios, pensando en la conquista de aquella Italia, donde tantas veces habian gustado los placeres de la victoria y estimulados por el noble presentimiento de la gloria inmortal que iban á adquirir. Menos duro y penoso era el camino para los infantes que para los soldados de caballeria, los cuales subian á pie conduciendo sus caballos de la brida. Ningun peligro les ofrecia la subida, pero al bajar, como el sendero era muy estrecho y tenian que marchar delante de sus caballos, estaban espuestos, si estos daban un paso en falso á ser arrastrados con ellos á los precipicios. Ocurrieron en efecto algunos accidentes de este género, aunque en corto número, y perecieron algunos caballos, pero casi ningun jinete. Al amanecer llegaron al hospicio, donde la sorpresa preparada por el primer consul reanimó las fuerzas y el buen humor de aquellas valientes tropas. Habiendo recibido de antemano los religiosos las provisiones necesarias, tenian dispuestas mesas y sirvieron á cada soldado una ración de pan, vino y queso. Despues de un momento de descanso volvieron á ponerse en camino, y bajaron á San Remigio sin ningun contratiempo. Lannes se estableció inmediatamente á espaldas de la montaña, y adoptó todas las medidas necesarias para recibir á las demas divisiones y particularmente el material.

Cada dia habia de pasar una de las divisiones

del ejército, operacion que debia durar muchos dias, principalmente á causa del material que era preciso pasar con las divisiones. Se dió principio á aquella obra mientras las tropas se sucedian en el paso de los Alpes, trasportandose ante todas cosas los viveres y las municiones. No fué tan grande como para todo lo demas la dificultad de trasladar esta parte del material que podia dividirse y colocarse en pequeños cajones sobre el lomo de las caballerias. Toda ella no consistia mas que en la insuficiencia de los medios de transporte, pues á pesar de haberse prodigado el dinero á manos llenas, no se contaba con todas las acémilas que se necesitaban para trasladar tan enorme peso al otro lado de San Bernardo. Sin embargo habiendo pasado los viveres y las municiones en pos de las divisiones del ejército, y con el socorro de los soldados, hubo que ocuparse al fin de la artilleria. Como ya hemos dicho, se habian desmontado las cajas y las cureñas, y colocado sobre las caballerias. Quedaban los cañones cuyo peso no podia disminuirse dividiendo la carga: principalmente para las piezas de doce y los obuses la dificultad fué mucho mayor de lo que se habia creido al principio, pues no pudieron servir los trineos de ruedas construidos en los arsenales. Discurriose otro medio que fue ensayado al punto y produjo el efecto que se deseaba: consistia este en partir por la mitad troncos de abeto y ahuecándolos cubrir los cañones con dos de estos medios troncos y arrastrarlos así envueltos á lo largo de los barrancos: gracias á estas precauciones, no podian estropearse con ningun choque. Acémilas enganchadas á tan singu-

lar carga sirvieron para subir algunas piezas hasta la cumbre del monte; pero la bajada era mas dificil, pues no podia verificarse sino á fuerza de brazos y corriendo infinitos peligros, porque era preciso detener la pieza, é impedir al detenerla que rodase á los precipicios. Desgraciadamente empezaban á faltar las caballerias, y los mozos de acémilas de los que se necesitaban gran número, estaban rendidos de cansancio. Entonces fué preciso recurrir á otros medios, y se ofreció á los campesinos de aquellas cercanias hasta mil francos por cada pieza que arrastrasen desde San Pedro hasta San Remigio. Necesitábase cien hombres para arrastrar cada una de ellas y ademas, un dia para la subida y otro para la bajada. Presentáronse con efecto algunos centenares de campesinos y transportaron algunas piezas dirigidos por los artilleros; pero ni aun el cebo de la ganancia pudo decidirlos á renovar este esfuerzo. Desaparecieron todos, y á pesar de haber enviado en su busca algunos oficiales, que prodigaban el dinero para atraérselos, fué preciso renunciar á este proyecto, y pedir á los soldados de las divisiones que arrastrasen por sí mismos su artilleria. Todo podia conseguirse de soldados tan valientes y sufridos. Para animarlos se les prometió el dinero que no querian ya ganar los campesinos abrumados de fatiga, pero lo reusaron diciendo que era deber de honor para una tropa salvar sus cañones, y se avalanzaron á las piezas abandonadas, comenzando á arrastrarlas compañías de cien hombres, sacadas sucesivamente de las filas, y las cuales se relevaban de tiempo en tiempo para hacer mas llevadera la fa-